

### 3. ¿QUÉ TIPO DE CIENCIA SOCIAL DEBEMOS CONSTRUIR AHORA?

En cualquier circunstancia social sólo hay un número limitado de maneras de enfrentar un choque de valores. Uno es la segregación geográfica ... Otra manera más activa es salirse ... Una tercera manera de enfrentar la diferencia individual o cultural es a través del diálogo. Aquí, en principio, un choque de valores puede operar con signo positivo –puede ser un medio para aumentar la comunicación y la autocomprensión ... Finalmente, un choque de valores puede resolverse por medio del uso de la fuerza o de la violencia ... En la sociedad globalizante en que hoy vivimos, dos de esas cuatro opciones han sufrido una reducción drástica.

ANTHONY GIDDENS\*

¿Cuáles son las implicaciones de los múltiples debates ocurridos desde 1945 dentro de las ciencias sociales para el tipo de ciencia social que debemos construir ahora?, e ¿implicaciones para qué, exactamente? Las implicaciones intelectuales de esos debates no son del todo consonantes con la estructura organizacional de la ciencias sociales que heredamos. Así, al tiempo que empezamos a resolver los debates intelectuales, debemos decidir qué hacer en el nivel organizacional. Es posible que lo primero sea más fácil que lo segundo.

\* *Beyond left and right*, Cambridge, Polity, 1995, p. 19.

La cuestión más inmediata se refiere a la estructura organizacional de las propias ciencias sociales. Ante todo eran disciplinas, lo que significaba que se preponían conformar la preparación de futuros estudiosos; y eso lo hicieron eficazmente. Sin embargo, en último análisis, la preparación de estudiantes no ha sido el mecanismo de control más poderoso. Más fuerte era el hecho de que las disciplinas controlaban los patrones de la carrera de los estudiosos una vez terminada su preparación. En general, tanto los cargos docentes como los de investigación en las universidades así como las estructuras de investigación requerían un doctorado (o su equivalente), y para la mayoría de los cargos el doctorado era imprescindible que fuese en una disciplina específica. Publicar trabajos en los periódicos oficiales y cuasioficiales de la disciplina a la que la persona estaba organizacionalmente vinculada era, y en general sigue siendo, un paso necesario par profesar en la carrera. Todavía se aconseja a los estudiantes de posgrado (y es un buen consejo) que obtengan sus títulos en una disciplina de las consideradas estándar; los estudiosos tienden a asistir principalmente a las reuniones nacionales (e internacionales) de su propia disciplina. Las estructuras disciplinarias han cubierto a sus miembros con una reja protectora, y no han alentado a nadie a cruzar las líneas.

Por otra parte, los prerequisites disciplinarios han ido descomponiéndose en algunos espacios académicos que han adquirido importancia después de 1945. La serie mundial de coloquios y conferencias que han ocupado un lugar tan central para la comunicación científica en las últimas décadas han tendido a reclutar sus participantes de acuerdo con el objeto de estudio concreto, en general sin prestar mucha atención a la afiliación disciplinaria, y actualmente

existe un número creciente de revistas científicas de primera magnitud que deliberadamente ignoran las fronteras disciplinarias. Y por supuesto las múltiples cuasidisciplinas o "programas nuevos" que han surgido constantemente en el último medio siglo suelen estar compuestos por personas tituladas en múltiples disciplinas.

Y lo más importante es la eterna batalla por la asociación de recursos, que en los últimos años se ha hecho más feroz debido a las limitaciones presupuestarias, después de un largo periodo de continua expansión del presupuesto. A medida que nuevas estructuras disciplinarias recién aparecidas formulan demandas cada vez mayores de recursos universitarios e intentan controlar cada vez más directamente los futuros nombramientos, tienden a reducir el poder de las principales disciplinas existentes. En esa batalla los grupos que actualmente tienen menos financiamiento tratan de definir justificaciones intelectuales abstractas a las modificaciones que proponen para la asignación de recursos. Es aquí donde se producirá la mayor presión organizacional para la reestructuración de las ciencias sociales. El problema es que esa presión en favor del realineamiento de las estructuras organizacionales sobre la base de nuevas categorías intelectuales se da país por país y universidad por universidad. Y a menudo la iniciativa no es de estudiosos activos sino de administradores, cuyas preocupaciones a veces son más presupuestales que intelectuales. La perspectiva que se nos presenta es de dispersión organizacional con una multiplicidad de nombres, similar a la situación que existía en la primera mitad del siglo XIX. Esto significa que entre, digamos, 1850 y 1945 el proceso de establecimiento de las disciplinas consistió en reducir el número de categorías en que podía dividirse la ciencia social a

una lista limitada que fue más o menos aceptada en todo el mundo y a la cual nos hemos acostumbrado. Ya hemos descrito cómo y por qué desde entonces para acá el proceso ha comenzado a moverse en dirección contraria, quizá convenga reflexionar acerca de la racionalidad del patrón que está apareciendo.

Esos problemas organizacionales, desde luego, se complican enormemente por la difuminación del patrón trimodal de los supercampos: las ciencias naturales, las ciencias sociales y las humanidades. Por lo tanto la cuestión ya no es solamente la de la posible reconfiguración de las fronteras organizacionales dentro de las disciplinas de las ciencias sociales, sino la de la posible reconfiguración de las estructuras más amplias de las llamadas facultades. Desde luego que esa lucha por las fronteras ha sido incesante, pero hay momentos en el tiempo en los que se buscan realineaciones mayores, y no menores. La primera parte del siglo XIX presenció un patrón similar de realineaciones mayores que ya hemos descrito en este trabajo. La cuestión que se nos plantea ahora es si la primera parte del siglo XXI será un momento similar.

Hay un tercer nivel posible de reestructuración; no se trata sólo de las fronteras de los departamentos dentro de las facultades y las fronteras de las facultades dentro de las universidades. Parte de la reestructuración del siglo XIX implicó la resurrección de la universidad misma como principal sede de la creación y reproducción del conocimiento. La enorme expansión del sistema universitario en todo el mundo después de 1945, en términos del número de instituciones, del personal docente y de estudiantes, ha conducido a una fuga de las actividades de investigación a niveles aún más "altos" del sistema educacional. Antes de 1945 todavía había investigadores que enseñaban en escuelas secundarias. Para 1990, no

sólo ya no ocurría eso, sino que muchos profesores evitaban todo lo posible enseñar en el primer nivel o el nivel más bajo del sistema universitario. Hoy día algunos incluso evitan enseñar a estudiantes de doctorado. En consecuencia ha habido un gran aumento de los “institutos de estudios avanzados” y otras estructuras no docentes.

Del mismo modo, en el siglo XIX el principal espacio de comunicación intelectual eran las reuniones académicas nacionales y las publicaciones periódicas científicas nacionales. A medida que esas estructuras fueron superpoblándose, vinieron a reemplazarlas en cierta medida los coloquios que han florecido en todo el mundo desde 1945. Ahora también ese campo está superpoblado y vemos surgir pequeñas estructuras perdurables de profesionales que están físicamente separados, desde luego con la ayuda de los grandes avances en las comunicaciones que ofrecen las redes electrónicas. Todos estos procesos plantean por los menos la cuestión de si en los próximos cincuenta años las universidades, como tales, continuarán siendo la principal base organizacional de la investigación académica, o si otras estructuras —institutos de investigación independientes, centros de estudios avanzados, redes, comunidades epistémicas por medios electrónicos— las sustituirán en una forma significativa. Estos procesos podrían representar ajustes muy positivos frente a los problemas inherentes a la enorme expansión de las estructuras universitarias. Pero si se considera deseable o inevitable que la investigación se separe en una medida significativa de la enseñanza y del sistema universitario, hará falta un esfuerzo mayor por obtener la legitimación pública de ese proceso, o se corre el riesgo de no contar con las bases materiales necesarias para sostener la investigación académica.

Estos problemas organizacionales, que desde luego no se limitan a las ciencias sociales, conforman el contexto en el que tendrán lugar las clarificaciones intelectuales. Hay probablemente tres problemas teórico/metodológicos centrales en torno a los cuales es necesario construir nuevos consensos eurísticos a fin de permitir avances fructíferos en el conocimiento. El primero se refiere a la relación entre el investigador y la investigación. A comienzos de este siglo Max Weber resumió la trayectoria del pensamiento moderno como el “desencantamiento del mundo”. Obviamente, la frase no hacía más que describir un proceso que se había desarrollado durante varios siglos. En *La nouvelle alliance* Prigogine y Stengers piden un “reencantamiento del mundo”. El concepto de “desencantamiento del mundo” representaba la búsqueda de un conocimiento objetivo no limitado por ninguna sabiduría o ideología revelada y/o aceptada. En las ciencias sociales representaba la demanda de que la historia no se reescribiera en nombre de las estructuras de poder existentes. Esa demanda fue un paso esencial en la liberación de la actividad intelectual de presiones externas incapacitantes y de la mitología, y aún sigue siendo válida. No queremos mover el péndulo hacia atrás y encontrarnos de nuevo en la situación de la cual el desencantamiento del mundo trataba de rescatarnos.

El llamado al “reencantamiento del mundo” es diferente: no es un llamado a la mistificación. Es un llamado a derribar las barreras artificiales entre los seres humanos y la naturaleza, a reconocer que ambas forman parte de un universo único enmarcado por la flecha del tiempo. El reencantamiento del mundo se propone liberar aún más el pensamiento humano. El problema fue que, en el intento de liberar el espíritu humano, el concepto del científico neutral

(propuesto no por Weber sino por la ciencia social positivista) ofrecía una solución imposible al laudable objetivo de liberar a los estudios de cualquier ortodoxia arbitraria. Ningún científico puede ser separado de su contexto físico y social. Toda medición modifica la realidad en el intento de registrarla. Toda conceptualización se basa en compromisos filosóficos. Con el tiempo, la creencia generalizada en una neutralidad ficticia ha pasado a ser un obstáculo importante al aumento del valor de verdad de nuestros descubrimientos, y si eso plantea un gran problema a los científicos naturales, representa un problema aún mayor a los científicos sociales. Traducir el reenchantamiento del mundo en una práctica de trabajo razonable no será fácil, pero para los científicos sociales parece ser una tarea urgente.

El segundo problema es cómo reinsertar el tiempo y el espacio como variables constitutivas internas en nuestros análisis y no meramente como realidades físicas invariables dentro de las cuales existe el universo social. Si consideramos que los conceptos de tiempo y espacio son variables socialmente construidas que el mundo (y el científico) utiliza para afectar e interpretar la realidad social, nos vemos frente a la necesidad de desarrollar una metodología con la cual coloquemos esas construcciones sociales en el centro de nuestro análisis pero en tal forma que no sean vistas ni utilizadas como fenómenos arbitrarios. En la medida en que logremos hacer esto, la distinción ya superada entre las epistemologías idiográfica y nomotética perderá cualquier significado cognitivo que todavía conserve. Sin embargo, decirlo es más fácil que hacerlo.

El tercer problema que se nos presenta es el de cómo superar las separaciones artificiales erigidas en el siglo XIX ente los reinos, supuestamente autóno-

mos, de lo político, lo económico y lo social (o lo cultural o lo socio-cultural). En la práctica actual de los científicos sociales esas líneas suelen ser ignoradas *de facto*. Pero la práctica actual no concuerda con los puntos de vista oficiales de las principales disciplinas. Es preciso enfrentar directamente la cuestión de la existencia de esos reinos separados, o más bien reabrirla por entero. Una vez que eso ocurra y empiecen a arraigar nuevas formulaciones, es posible que se vayan aclarando las bases intelectuales para la reestructuración de las disciplinas.

Una última advertencia: si el investigador no puede ser "neutral" y si el tiempo y el espacio son variables internas en el análisis, entonces se sigue que la tarea de reestructuración de las ciencias sociales debe ser resultado de la interacción de estudiosos procedentes de todos los climas y de todas las perspectivas (tomando en cuenta género, raza, clase y culturas lingüísticas), y que esa interacción mundial sea real y no una mera cortesía formal que encubra la imposición de las opiniones de un segmento de los científicos del mundo. No será nada fácil organizar esa interacción mundial en una forma significativa y por lo tanto éste es otro obstáculo en nuestro camino. Sin embargo, la superación de este obstáculo podría ser la clave para superar todos los demás.

¿Qué podemos concluir entonces acerca de los posibles pasos que podrían darse para "abrir la ciencia social"? No hay ningún plano fácilmente accesible en base al cual podamos decretar una reorganización de las estructuras de conocimiento. Lo que nos interesa más bien es alentar la discusión colectiva y hacer algunas sugerencias sobre caminos por los cuales quizá se podría llegar a soluciones. Antes de considerar propuestas de reestructuración nos parece que hay varias dimensiones importantes que merecen

debates y análisis más completos. Se trata de: 1] las implicaciones de rechazar la distinción ontológica entre los seres humanos y la naturaleza, distinción que forma parte del pensamiento moderno por lo menos desde Descartes; 2] las implicaciones de negarse a considerar al estado como origen de las únicas fronteras posibles y/o primarias dentro de las cuales la acción social ocurre y debe ser analizada; 3] las implicaciones de aceptar la tensión interminable entre el uno y los muchos, lo universal y lo particular, como un rasgo permanente de la sociedad humana y no como un anacronismo; 4] el tipo de objetividad que es plausible a la luz de las premisas presupuestas por la ciencia.

### 1. *Los seres humanos y la naturaleza*

Las ciencias sociales han venido avanzando en dirección hacia un respeto cada vez mayor por la naturaleza; al mismo tiempo las ciencias naturales han ido desplazándose hacia una visión del universo como inestable e impredecible, y por lo tanto a concebir al universo como una realidad activa y no como un autómatas sujeto a la dominación de los seres humanos, que de alguna manera están ubicados fuera de la naturaleza. Las convergencias entre las ciencias naturales y las ciencias sociales se hacen mayores en la medida en que las vemos a ambas dedicadas al estudio de sistemas complejos, en que los desarrollos futuros son resultado de otros procesos temporalmente irreversibles.

Algunos científicos sociales han respondido a los recientes descubrimientos de la genética conductista exigiendo una orientación más biológica de las ciencias sociales. Algunos incluso han empezado a revivir

las ideas del determinismo genético con base en inferencias del proyecto del genoma humano. Creemos que seguir ese camino sería un serio error y un retroceso para las ciencias sociales; más bien nos parece que la principal lección de los avances recientes de las ciencias naturales es que es necesario tomar más en serio que nunca la complejidad de la dinámica social.

Las utopías forman parte del objeto de estudio de las ciencias sociales, lo que no puede decirse de las ciencias naturales; y las utopías desde luego tienen que basarse en tendencias existentes. Si bien ahora tenemos claro que no hay certeza sobre el futuro ni puede haberla, sin embargo las imágenes del futuro influyen en el modo en que los seres humanos actúan en el presente. La universidad no puede mantenerse aparte de un mundo en el cual, una vez excluida la certeza, el papel del intelectual necesariamente está cambiando y la idea del científico neutral está sometida a un cuestionamiento severo, como ya hemos documentado. Los conceptos de utopías están relacionados con ideas de progreso posible, pero su realización no depende simplemente del avance de las ciencias naturales como muchos pensaban, sino más bien del aumento de la creatividad humana y de la expresión del ser en este mundo complejo.

Venimos de un pasado social de certezas en conflicto, relacionadas con la ciencia, la ética o los sistemas sociales, a un presente de cuestionamiento considerable, incluyendo el cuestionamiento sobre la posibilidad intrínseca de la certeza. Es posible que estemos presenciando el fin de un tipo de racionalidad que ya no es apropiada para nuestro tiempo. Pedimos que se ponga el acento en lo complejo, lo temporal y lo inestable, que corresponde hoy a un movimiento transdisciplinario que adquiere cada vez

mayor vigor. Esto de ninguna manera significa que pidamos el abandono del concepto de racionalidad sustantiva. Como bien dijo Whitehead, el proyecto que sigue siendo central, tanto para los estudiosos de la vida social humana como para los científicos naturales, es la inteligibilidad del mundo: "ordenar un sistema de ideas generales coherente, lógico y necesario en cuyos términos sea posible interpretar cualquier elemento de nuestra experiencia..."<sup>8</sup>

En la elección de futuros posibles los recursos son una cuestión altamente política, y la demanda de la expansión de la participación en la toma de decisiones es mundial. Llamamos a las ciencias sociales para que se abran a estas cuestiones. Sin embargo, este llamado no es en modo alguno como el que se hizo en el siglo XIX por una física social, sino más bien un reconocimiento de que aunque las explicaciones que podemos dar de la estructuración histórica del universo natural y de la experiencia humana no son en ningún sentido idénticas, tampoco son contradictorias, y ambas están relacionadas con la evolución. En los últimos doscientos años el mundo real ha impuesto los problemas políticos del momento a la actividad intelectual, conminando a los científicos para que definieran fenómenos particulares como universales debido a sus implicaciones en la situación política inmediata. Hoy el problema es el de escapar a las constricciones pasajeras de lo contemporáneo para llegar a interpretaciones más duraderas y más útiles de la realidad social. En la diferenciación y especialización necesarias de las ciencias sociales hemos prestado demasiada atención a un problema social general derivado de la creación de conocimiento:

<sup>8</sup> A. N. Whitehead, *Process and reality*, ed. corr., Nueva York, Macmillan, 1978, p. 3.

cómo evitar una brecha entre los que saben y los que no saben.

La responsabilidad de ir más allá de esas presiones inmediatas no es sólo de los científicos sociales activos, es también de las burocracias intelectuales —los administradores de universidades, las asociaciones de estudiosos, las fundaciones y los organismos gubernamentales responsables de la educación y la investigación. Implica el reconocimiento de que los principales problemas que enfrenta una sociedad compleja no se pueden resolver descomponiéndolos en pequeñas partes que parecen fáciles de manejar analíticamente, sino más bien abordando estos problemas, a los seres humanos y a la naturaleza, en toda su complejidad y en sus interrelaciones.

## *2. El estado como bloque de construcción analítico*

Las ciencias sociales han sido muy estadocéntricas, en el sentido de que los estados constituían el marco, supuestamente evidente, dentro del cual tenían lugar los procesos analizados por las ciencias sociales. Esto era especialmente cierto para las ciencias que estudiaban (por lo menos hasta 1945) esencialmente el mundo occidental —la historia y el trío de las ciencias sociales nomotéticas (la economía, la ciencia política y la sociología). Desde luego que ni la antropología ni los estudios orientales eran estadocéntricos, pero eso se debía a que las zonas de que se ocupaban esos estudiosos no eran consideradas como sede de estructuras sociales modernas. Se daba por sentado que las estructuras sociales modernas estaban en los estados modernos. Después de 1945, con el ascenso de los estudios de área y la consiguiente expansión del dominio empírico de la historia y las tres ciencias

sociales nomotéticas hacia el mundo no occidental, también esas áreas no occidentales pasaron a ser tema de análisis estadocéntricos. El concepto de “desarrollo”, que fue el concepto clave después de 1945, se refería ante todo, y sobre todo, al desarrollo de cada estado tomado como entidad individual.

Indudablemente siempre hubo algunos científicos sociales que no consideraban que el estado —el estado actual, el estado histórico (que se remontaba hacia atrás hasta las épocas preestatales), el estado putativo—fuese una unidad tan natural que su primacía analítica no necesitara justificación. Pero esas voces discordantes eran pocas y no muy fuertes en el periodo comprendido entre 1850 y 1950. El carácter evidente del estado como frontera natural de la vida social empezó a ser objeto de un cuestionamiento mucho más serio después de 1970, como resultado de la coyuntura que no era accidental, de dos transformaciones. La primera fue una transformación en el mundo real: en la visión, tanto académica como popular, los estados parecieron perder su aspecto promisorio como agentes de la modernización y el bienestar económico. La segunda es la de los cambios en el mundo del conocimiento que ya hemos descrito, y que llevó a los estudiosos a echar una nueva mirada a presuposiciones que antes eran indiscutibles.

Entonces, el conocimiento cierto que nos habían prometido los científicos sociales apareció como una consecuencia evidente de su fe en el progreso: hallaba expresión en la creencia en constantes mejoras, que serían obra de “expertos”, proceso en el cual el estado que las “permitía” desempeñaría un papel clave en el esfuerzo por reformar la sociedad. Se esperaba que las ciencias sociales acompañaran ese proceso de mejora racional y gradual, y de ahí parecía

seguirse que las fronteras del estado fueran vistas como el marco natural dentro del cual se darían tales mejoras. Por supuesto que en el mundo del conocimiento la visión simplista del progreso ha sido contestada continuamente, incluso dentro de las ciencias sociales (por ejemplo a fines del siglo XIX), pero todos los cuestionamientos anteriores habían parecido disolverse frente a las continuas realizaciones tecnológicas. Además, el impulso básico hacia la democratización conducía en todas partes a un constante aumento de las demandas hechas al estado, a llamados urgentes al estado para que utilizara su poder fiscal y presupuestal para mejorar y redistribuir. Por lo tanto, el estado como proveedor de progreso parecía teóricamente seguro.

Pero en las últimas décadas, a medida que las redistribuciones aumentaban con menor rapidez que las crecientes demandas de redistribución, empezó a parecer que los estados ofrecían cada vez menos satisfacción y no cada vez más, y así a partir de la década de 1960 empezó a generarse cierto grado de desilusión. En la medida en que desde entonces las transformaciones del mundo han servido para alimentar en la mayor parte del globo un profundo escepticismo sobre hasta dónde las mejoras prometidas pueden ser realmente factibles, y en particular sobre si las reformas del estado provocan mejoras reales, la calidad natural del estado como unidad de análisis se ha visto seriamente amenazada. "Pensar globalmente, actuar localmente" es un lema que muy deliberadamente excluye al estado, y representa una suspensión de la fe en el estado como mecanismo de reforma. En la década de 1950 habría sido imposible: tanto las personas comunes como los científicos pensaban en el nivel estatal y actuaban en el nivel estatal.

En vista de ese viraje de la acción en el nivel estatal

—que parecía garantizar un futuro seguro— hacia la acción en los niveles global y local —que parecen mucho más inciertas y difíciles de manipular— muchos pensaron que los nuevos modos de análisis, tanto de los científicos naturales como de los defensores de los estudios culturales, ofrecían modelos más plausibles. Ambos foros de análisis tomaban las incertidumbres (y los localismos) como variables analíticas centrales que no debían ser enterradas en un universalismo determinista. En consecuencia, la naturaleza evidente de los estados como contenedores conceptuales —derivado analítico en las ciencias sociales, tanto de la historia idiográfica como de las ciencias sociales universalistas— quedó abierta al cuestionamiento serio y al debate.

Obviamente el pensamiento estadocéntrico no había excluido el estudio de las relaciones entre los estados, o relaciones internacionales como se le llama común y erróneamente, y dentro de cada una de las ciencias sociales existían subcampos dedicados al llamado espacio internacional. Se habría podido imaginar que fueran estudiosos de esos subcampos los primeros en responder al desafío que el creciente interés en los fenómenos transestatales planteó a los marcos analíticos de las ciencias sociales, pero en realidad no ocurrió así. El problema era que los estudios internacionales se basaban en las premisas de un marco estadocéntrico, tanto como cualquier otra área de las ciencias sociales. Principalmente adoptaban la forma de estudios comparativos en los que los estados eran la unidad a comparar, o de estudios de política exterior que tenían por objeto el estudio de las políticas de unos estados hacia otros, en lugar del estudio de las nacientes características de las estructuras transestatales. Las ciencias sociales institucionalizadas ignoraron por mucho tiempo el

estudio de las complejas estructuras que existen en el nivel global, así como el de las complejas estructuras que existen en niveles más locales.

Desde fines de la década de 1960 ha habido numerosos intentos —dentro de cada una de las disciplinas y transversalmente a las disciplinas— de reducir el estadocentrismo. En la mayoría de los casos eso ha ido unido a la historización y en particular al uso de periodos más largos para el análisis empírico. Ese desplazamiento de la unidad de análisis se ha dado con muchas etiquetas, tales como economía política internacional, estudio de las ciudades mundiales, economía institucional global, historia mundial, análisis de sistemas mundiales y estudios civilizatorios. Al mismo tiempo ha habido un renovado interés por las “regiones” —tanto las vastas regiones transestatales (por ejemplo, la reciente preocupación por el Asia Oriental como región dentro del mundo total) y las regiones pequeñas ubicadas dentro de estados (por ejemplo, el concepto de protoindustrialización en historia económica). No es éste el lugar para examinar cada uno de ellos en sus coincidencias y diferencias, pero sí denotar que cada uno a su manera desafiaba los presupuestos teóricos estadocéntricos de las ciencias sociales tal como habían sido institucionalizadas tradicionalmente. Todavía está por verse hasta dónde llegarán sus defensores impulsados por la lógica de sus posiciones. Hay algunos que proponen una ruptura con las disciplinas tradicionales en lugar de quedarse a bordo de ellas, deseoso de unirse a una nueva heterodoxia basada en referentes espaciales globales.

El estadocentrismo de los análisis de la ciencia social tradicional era una simplificación teórica que incluía la suposición de espacios homogéneos y equivalentes, cada uno de los cuales constituía un sistema

autónomo que operaba en gran medida por medio de procesos paralelos. Las limitaciones de ese tipo de simplificación deberían ser aún más evidentes en el estudio de sistemas sociales históricos complejos de lo que lo fueron en el estudio de fenómenos atómicos y moleculares, en los cuales tales métodos hoy son vistos como algo del pasado.

Desde luego el rechazo del estado como contenedor socio-geográfico indicado para el análisis social de ningún modo significa que el estado ya no sea visto como una institución clave en el mundo moderno que tiene influencias profundas en procesos económicos, culturales y sociales. Está claro que el estudio de todos esos procesos requiere una comprensión de los mecanismos del estado; lo que no requiere es la suposición de que el estado es la frontera natural, o incluso la más importante, de la acción social. Al desafiar la eficacia de la organización del conocimiento social en unidades definidas por fronteras estatales, los recientes procesos de las ciencias sociales implican algunas transiciones significativas en los objetos de investigación científica social. Una vez que abandonamos el supuesto estadocéntrico, que ha sido fundamental para la historia y las ciencias sociales nomotéticas en el pasado, y aceptamos que esa perspectiva puede ser a menudo un obstáculo para hacer inteligible al mundo, inevitablemente no planteamos cuestiones sobre la estructura misma de las divisiones disciplinarias que crecieron en torno a ese supuesto y que en realidad se basaban en él.

### *3. Lo universal y lo particular*

La tensión entre lo universal y lo particular en las ciencias sociales siempre ha sido objeto de un debate

apasionado, porque siempre ha sido visto como un punto con implicaciones políticas inmediatas, y eso ha impedido su estudio sereno. La reacción romántica ante las concepciones de la Ilustración y su reformulación se centraron en torno a este tema, y ese debate no estuvo desconectado de las controversias políticas de la época napoleónica en cuanto culminación de procesos iniciados por la Revolución francesa. En las discusiones contemporáneas sobre las ciencias políticas el tema ha vuelto al primer plano en gran parte como resultado de la reafirmación política del mundo no occidental combinada con la paralela afirmación política de grupos dentro del mundo occidental que consideran que han sido culturalmente oprimidos. Ya hemos hablado de las varias formas que ha tomado ese debate dentro de las ciencias sociales. Una importante consecuencia organizacional de la resurrección de ese debate ha sido el llamado a una ciencia social más "multicultural" o intercultural.

El esfuerzo por insertar nuevas premisas en el marco teórico de las ciencias sociales, premisas que respondan a esa demanda por una ciencia social más multicultural, se ha encontrado con una resurrección del darwinismo social en diversos aspectos. El darwinismo social es una variante particular y bastante influyente de la doctrina del progreso inevitable. Su argumento clave ha sido esencialmente que el progreso es el resultado de la lucha social en que la competencia triunfa, y que interferir con esa lucha social es interferir con el progreso social. En algunos casos esos argumentos han sido reforzados por el determinismo genético ya mencionado. El discurso del darwinismo social califica de irracional y/o irrealista cualquier concepción asociada con los perdedores en el proceso evolutivo de la "supervivencia del

más apto". Esa condena categórica a menudo ha alcanzado a todos los valores de los grupos que no tienen posiciones sociales poderosas, así como a los proyectos alternativos que no comparten la creencia en la vinculación inevitable entre industrialización, modernización y occidentalización.

La racionalidad tecnocrática, que se presenta como la versión más avanzada del racionalismo moderno, ha sido en muchos sentidos un avatar del darwinismo social. También ella niega legitimidad a cualquier concepto que no encaje en un modelo de racionalidad de medios y fines, así como a cualquier institución que no tenga una utilidad funcional inmediata. El marco que ubica a los individuos principalmente dentro de estados ha tendido a tratar a los actores que no encajan en ese marco como vestigios de épocas premodernas destinados a ser eventualmente eliminados por el avance del progreso. Han calificado de anticientífico cualquier tratamiento serio de los innumerables conceptos, valores, creencias, normas e instituciones ubicadas en esa categoría. En muchos casos han llegado a olvidar la existencia misma de esas visiones alternativas del mundo y de sus portadores, suprimiéndolos de la memoria colectiva de las sociedades modernas.

El hecho nuevo que ocurre en la actualidad es la vigorosa negativa de gran número de personas y de estudiosos a aceptar esa negación de las escalas de valores alternativas, y ha sido reforzada por el (re)descubrimiento de grandes irracionalidades sustantivas que forman parte del pensamiento racional moderno. Por lo tanto la cuestión que se nos plantea es la de cómo tomar en serio, en nuestra ciencia social, una pluralidad de visiones del mundo sin perder el sentido de que existe la posibilidad de conocer y realizar escalas de valores que puedan efectivamente

ser comunes o llegar a ser comunes a toda la humanidad. La tarea clave es la de hacer estallar el lenguaje hermético utilizado para describir a personas y grupos que son "otros", o que son meros objetos de los análisis de la ciencia social, en contraste con los sujetos que tienen legitimidad y pleno derecho, entre los cuales los analistas se ubican a sí mismos. Hay aquí una confusión o superposición inevitable entre lo ideológico y lo epistemológico. Para gran número de los científicos sociales no occidentales la distinción entre lo político, lo religioso y lo científico no parece ser enteramente razonable o válida.

Muchos de los críticos del parroquialismo han destacado hasta ahora la agenda negativa, que incluye la necesidad de negar los falsos universalismos. Han cuestionado la adecuación de principios supuestamente universalistas en una serie de casos singulares, y/o la posibilidad o deseabilidad del universalismo, y en su lugar han propuesto categorías cuasidisciplinarias definidas por grupos sociales. Hasta ahora el principal resultado ha sido, en gran parte, la multiplicación de los particularismos. Más allá del argumento obvio de que es preciso reconocer las voces de los grupos dominados (y por eso mismo en gran parte ignorados hasta ahora), está la tarea más ardua de demostrar en qué forma la incorporación de las experiencias de esos grupos es fundamental para alcanzar un conocimiento objetivo de los procesos sociales.

Nosotros destacaríamos que el universalismo siempre es históricamente contingente. En consecuencia, en lugar de demostrar una vez más lo que las ciencias sociales se han perdido al excluir gran parte de la experiencia humana, deberíamos pasar a demostrar lo que gana nuestra comprensión de los procesos sociales cuando incluimos segmentos cada vez mayo-

res de las experiencias históricas del mundo. Sin embargo, por parroquiales que hayan sido las versiones anteriores del universalismo, no parece sensato simplemente dejar el terreno de las disciplinas tradicionales a los que persisten en esos parroquialismos. Para restaurar el equilibrio será necesario examinar el caso dentro de las disciplinas existentes, al mismo tiempo que se establecen nuevos canales para el diálogo y el intercambio más allá (y no solamente entre) las disciplinas existentes.

Nosotros además propondríamos con urgencia la más completa realización de una academia multilingüe. La elección de la lengua a menudo predetermina el resultado. Para tomar un ejemplo muy obvio, los conceptos de *middle class*, *bourgeoisie* y *bürgertum* (presumiblemente similares) definen en realidad categorías significativamente diferentes e implican mediciones empíricas diferentes. El mínimo que podemos esperar de los científicos sociales es que tengan conciencia de la extensión de los reinos de significación conceptual. Un mundo en el que todos los científicos sociales tuvieran un dominio operativo de varias de las principales lenguas académicas sería un mundo en el que se harían mejores ciencias sociales. El conocimiento de distintas lenguas abre la mente del estudioso a otros modos de organización del conocimiento y podría ser un gran avance hacia la creación de una comprensión operativa y útil de las interminables tensiones de la antinomia entre universalismo y particularismo. Pero el multilingüismo sólo puede prosperar si adquiere legitimación organizacional e intelectual: por medio del uso efectivo de múltiples lenguas en la pedagogía; también por el uso real de múltiples lenguas en los encuentros científicos.

El diálogo y el intercambio sólo pueden existir si hay un respeto básico entre los colegas. Sin embargo,

la retórica colérica que hoy invade esas discusiones es un reflejo de las tensiones sociales subyacentes, pero no se resolverá con simples llamados al debate civilizado. Es preciso responder simultáneamente a las demandas de relevancia (aplicabilidad, validez) universal y reconocer a la vez la continuada calidad de una multiplicidad de culturas; y eso dependerá de la imaginación de nuestras respuestas organizacionales y de cierta tolerancia para la experimentación intelectual en las ciencias sociales. Las ciencias sociales deberían emprender un proceso de apertura muy amplio hacia la investigación y la enseñanza de todas las culturas (sus ciudades, pueblos) en la búsqueda de un universalismo pluralista renovado, ampliado y significativo.

#### 4. *Objetividad*

La cuestión de la objetividad siempre ha sido central en los debates metodológicos de las ciencias sociales desde su iniciación. Ya hemos dicho al principio de este informe que la ciencia social fue, en el mundo moderno, el intento “de desarrollar conocimiento sistemático y secular acerca de la realidad, con algún tipo de validación empírica”. El término objetividad ha sido utilizado para representar intentos adecuados destinados a alcanzar ese objetivo. El significado de objetividad ha estado muy vinculado a la intuición de que el conocimiento no es *a priori*, de que la investigación puede enseñarnos cosas que no sabíamos, presentarnos sorpresas en términos de nuestras expectativas previas.

Se consideraba que lo opuesto de lo “objetivo” era lo “subjetivo”, casi siempre definido como la intrusión de las tendencias del investigador en la recolec-

ción e interpretación de los datos. Se pensaba que eso distorsionaba los datos y por lo tanto reducía su validez. Pero entonces, ¿cómo ser objetivos? En la práctica, distintas ciencias sociales tomaron diferentes caminos en la búsqueda de ese objetivo, y predominaron dos modelos. Las ciencias sociales más nomotéticas destacaron el modelo de eliminar el peligro de la subjetividad maximizando “la dureza” de los datos, es decir, su mensurabilidad y comparabilidad. Eso las llevó hacia la recolección de datos sobre el momento presente, cuando el investigador tiene más probabilidades de poder controlar la calidad de los datos. Los historiadores idiográficos analizaron el problema de otro modo y se pronunciaron en favor de las fuentes primarias, no tocadas (no distorsionadas) por personas intermediarias (estudiosos anteriores) y en favor de los datos con los cuales el investigador no se involucre personalmente. Eso los llevó hacia los datos creados en el pasado, y por lo tanto acerca del pasado, y hacia los datos cualitativos, en los que la riqueza del contexto podía llevar al investigador a comprender la plenitud de las motivaciones implicadas, en contraste con una situación en la que el investigador simplemente extrapola su propio modelo, considerado como su propio prejuicio, y lo proyecta sobre los datos.

Siempre se han expresado dudas acerca del grado en que cada uno de estos enfoques nos permite alcanzar datos objetivos. En las últimas décadas esas dudas se han expresado con mucha fuerza, como resultado de la situación de cambio en las ciencias sociales que hemos venido describiendo. Un tipo de pregunta que se ha planteado es ¿“objetividad *de quién*”? Plantear la cuestión en esa forma implicaba escepticismo e incluso duda total acerca de la posibilidad de alcanzar un conocimiento objetivo. Algunos

incluso sugirieron que lo que se considera conocimiento objetivo es simplemente el conocimiento de los que tienen más fuerza social y política.

Nosotros concordamos en que todos los estudiosos tienen sus raíces en un ambiente social determinado y por lo tanto utilizan inevitablemente presupuestos y prejuicios que interfieren con sus percepciones e interpretaciones de la realidad social. En este sentido no puede haber ningún estudioso "neutral". También concordamos en que una representación cuasifotográfica de la realidad social es imposible. Todos los datos son selecciones de la realidad con base en las visiones del mundo o los modelos teóricos de la época, filtrados por medio de las posiciones de grupos particulares en cada época. En este sentido las bases de selección se constituyen históricamente y siempre cambiarán inevitablemente a medida que cambie el mundo. Si lo que entendemos por objetividad es la de los estudiosos perfectamente desapegados que reproducen un mundo social exterior a ellos, entonces no creemos que tal fenómeno exista.

Pero objetividad puede tener otro sentido. Puede ser vista como el resultado del aprendizaje humano, que representa la intención del estudio y la evidencia de que es posible. Los estudiosos intentan convencerse mutuamente de la validez de sus hallazgos y de sus interpretaciones. Apelan al hecho de que han utilizado métodos replicables por otros, métodos cuyos detalles presentan abiertamente a los demás, y apelan a la coherencia y utilidad de sus interpretaciones para explicar la mayor cantidad de datos disponibles, cantidades mayores que las explicadas por otras explicaciones. En suma, se presentan al juicio intersubjetivo de todos los que practican la investigación o piensan sistemáticamente sobre el asunto de que se trate.

Aceptamos el hecho de que hasta ahora ese obje-

tivo no se ha realizado plenamente, ni siquiera frecuentemente. Aceptamos el hecho de que ha habido errores sistemáticos en las formas en que han procedido los científicos sociales en el pasado, y de que muchos han utilizado la máscara de la objetividad para perseguir sus propias visiones subjetivas. En efecto, hemos tratado de esbozar la naturaleza de esas distorsiones continuas y aceptamos el hecho de que esos errores no pueden ser reparados por simples llamados a un ideal de intersubjetividad, sino que requieren fortalecer las bases organizacionales del esfuerzo colectivo. Lo que no aceptamos es que se reduzca a la ciencia social a una miscelánea de visiones privadas, todas igualmente válidas.

Creemos que empujar a las ciencias sociales a combatir la fragmentación del conocimiento es empujarlas también en dirección a un grado significativo de objetividad. Creemos que insistir en que las ciencias sociales avancen hacia la inclusividad (en términos del reclutamiento de personal, la apertura a múltiples experiencias culturales, la lista de los temas de estudio legítimos) es tender a aumentar la posibilidad de un conocimiento más objetivo. Creemos que el énfasis en la historicidad de todos los fenómenos sociales tiende a reducir la tendencia a hacer abstracciones prematuras de la realidad y en definitiva ingenuas. Creemos que el cuestionamiento persistente en torno a los elementos subjetivos de nuestros modelos teóricos aumenta la probabilidad de que esos modelos sean relevantes y útiles. Creemos que la atención a los tres problemas examinados anteriormente —una mejor apreciación de la validez de la distinción ontológica entre los seres humanos y la naturaleza, una definición más amplia de las fronteras dentro de las cuales se produce la acción social y un balance adecuado de la antinomia entre universalismo y particu-

larismo— será una importante contribución a nuestros intentos de desarrollar el tipo de conocimiento más válido que queremos tener.

En resumen, el hecho de que el conocimiento sea una construcción social también significa que es socialmente posible tener un conocimiento más válido. El reconocimiento de las bases sociales del conocimiento no está en absoluto en contradicción con el concepto de objetividad. Por el contrario, sostenemos que la reestructuración de las ciencias sociales de que hemos venido hablando puede ampliar esa posibilidad al tomar en cuenta las críticas que se han formulado a la práctica pasada y al construir estructuras que sean más verdaderamente pluralistas y universales.